

Una súplica por la súplica

Dub McClish

No hay ideal más fascinante y emocionante para los que tienen hambre y sed de la Verdad suprema que el de ser parte de la iglesia de la Biblia. El objetivo incomparable de restaurar la iglesia de Cristo era algo necesario por los siglos de apostasía que siguieron y después intentos serios pero condenados al fracaso de mera corrección del monstruo maligno de Roma y sus precedentes apóstatas. El poderoso esfuerzo de reforma del siglo XVI degeneró en sí mismo en otra versión del desenfrenado abandono del modelo inspirado, lo que resultó en mucha desviación en la religión que buscaba reparar.

Es probable que las chispas de la restauración siempre hayan estado presentes frente a la digresión. Ciertamente se pueden ver en los “publicanos” (Inglaterra) y los “paulicianos” (Europa) del siglo VIII, quienes generalmente rechazaron la doctrina de la Iglesia Romana y el creciente poder del Papa. En los siglos intermedios a través de los tiempos de los reformadores, se evidencian fuertes rastros de una determinación de suscribir solo el Nuevo Testamento. Hubo voces de restauración tan fuertes en protesta a las falsas doctrinas de Lutero y Calvino como a las del Papa. Algunos de los reformadores (por ejemplo, Calvino) eran tan hábiles como los papistas en infligir tortura y muerte a muchos de sus enemigos.

Se escucharon voces más recientes de restauración de hombres del siglo XVIII como John Glas, Robert Sandeman y los Haldanes, en Escocia. Casi al mismo tiempo que el ideal apareció en nuestra naciente nación cuando los hombres devotos del Nuevo Mundo se cansaron de la tradición humana y los dogmas religiosos sin inspiración. James O'Kelley rompió con los metodistas, Abner Jones y Elias Smith con los bautistas y Barton W. Stone con los presbiterianos en su determinación de ser solo el pueblo del Señor. Más tarde vinieron los Campbell y otros a principios del siglo XIX, todos los cuales tuvieron que buscar a tientas (y a veces tropezar) — gradualmente y dolorosamente — para salir del oscuro túnel del error hacia la gloriosa luz de la Verdad.

Si bien estos hombres, comprensiblemente, cometieron errores mientras perseguían su búsqueda, su pasión por el patrón primitivo era inconfundible y decidida. Sabían que la unidad y la libertad que anhelaban en la religión podían y vendrían sólo cuando se persuadiera a los hombres a dejar de lado todas las doctrinas y prácticas religiosas humanas para andar por las sendas antiguas trazadas para siempre por los escritores inspirados. Su súplica no era por un nuevo camino de su propio origen, sino por el antiguo y original camino del Señor. Llevados

por consignas revolucionarias arraigadas en la Biblia como “Donde la Biblia habla hablamos, y donde la Biblia calla, callamos” y “Llamemos a las cosas bíblicas por nombres bíblicos y hagamos las cosas bíblicas de la manera bíblica,” estos hombres usaron el fuego en sus propios huesos para encender un resplandor espiritual que se incendió y se extendió rápidamente.

Si bien muchos de los que anunciaban esta emocionante súplica eran iletrados y solo tenían tocones de árboles para sus púlpitos rústicos, su mensaje, con su poder innato y verdad, encontró su marca una y otra vez. A su paso, las autoridades denominacionales temblaron al ver que sus sectas se consumían rápidamente. Aunque trataron poderosamente de resistir en una plataforma polémica y por página impresa, la poderosa espada de dos filos del Espíritu los mató de cadera y muslo, una y otra vez. Aquellos restauradores piadosos tenían al Señor de gloria y Su Verdad entre ellos; ¿Cómo podrían fallar?

A mediados del siglo diecinueve, cuando apareció el Evangelio puro y la iglesia arrasaban literalmente con nuestra joven nación, se produjo el desastre. Lo que la Serpiente sutil no podía hacer con un ataque frontal desde fuera, decidió hacerlo mediante la traición desde el interior del reino de Cristo. Algunos que habían escapado de los grilletes espirituales del sectarismo, tal como la esposa de Lot, empezaron a ver hacia el pasado con anhelo y lujuria por algunas de las mismas cosas de las que la Verdad los había liberado. En su deseo de sustituir la comisión evangelística de la iglesia por las sociedades misioneras y de agregar instrumentos musicales hechos por el hombre a la adoración, encontraron necesario abandonar el respeto que alguna vez tuvieron por el silencio, así como por la declaración de las Escrituras.

Para justificar sus ídolos de la innovación, inventaron un nuevo eslogan mortal: “Donde la Biblia calla, tenemos libertad para actuar y hablar.” Como era de esperar, este argumento incorrecto no solo les permitió justificar sus antojos, sino que, lamentablemente, también abrió una Caja de Pandora. Por el principio sobre el que comenzaron a cumplir sus nuevos deseos de cosas que no están explícitamente prohibidas en el Nuevo Testamento, todo lo demás que no esté explícitamente prohibido también podría estar justificado, desde rosquillas y leche en la mesa del Señor hasta el uso de rosarios en la oración.

Los desertores siguieron implacable y despiadadamente al Príncipe de este mundo hasta la distracción, la aniquilación y finalmente la división de la iglesia de Cristo, reconocida oficialmente por el censo federal a principios del siglo pasado (1906). Podían jactarse de capturar alrededor del ochenta y cinco por ciento de los miembros de la iglesia en su cruel campaña. Sus esfuerzos han dado como resultado dos denominaciones cristianas separadas, con

incluso las menos liberales de ellas, todavía unidas en forma inseparable con el lema absolutamente antibíblico de sus antepasados espirituales que refleja su desprecio por el silencio de las Escrituras.

El pequeño remanente de hermanos fieles tuvo que comenzar nuevas congregaciones, construir nuevos edificios y establecer nuevas escuelas porque la mayoría de las escuelas e iglesias, con sus respectivas propiedades, fueron robadas con rudeza a aquellos que habían invertido gran parte de sus vidas y fortunas en ellas. En unas pocas décadas, los fieles habían recuperado con creces el terreno perdido ante los apóstatas. En la década de 1950, el pueblo del Señor era el cuerpo religioso de más rápido crecimiento en los Estados Unidos. Como un siglo antes, parecía que el futuro solo era brillante para el progreso de la Verdad en nuestra nación. Entonces Satanás pareció reflexionar sobre su éxito anterior con un ataque interno; la historia empezó a repetirse. Primero, surgieron algunos hermanos decididos a vincular los asuntos opcionales como obligatorios, tanto en obras evangelísticas como benévolas. A pesar de la refutación de su doctrina en numerosos debates, sermones y discusiones a través de los periódicos, atraieron a un número considerable a su causa. Quizás hasta cierto punto como reacción a una agenda restrictiva y no bíblica de estos hermanos, en la década de 1960, otro grupo de hermanos con una plataforma igualmente antibíblica comenzó a aparecer. Ellos, siguiendo los pasos de las divagaciones de mediados del siglo XIX, siguieron una agenda irrestricta que insistía en hacer opcionales varias obligaciones bíblicas.

De hecho, este último grupo de hermanos se parece tanto a los que comenzaron su movimiento de izquierda hace un siglo y medio que han estado instando constantemente a una reunificación con las denominaciones en las que se convirtieron esos antiguos hermanos. Sin embargo, la actual cosecha de digresivos ha perseguido una agenda mucho más amplia que la introducción de las dos preciadas innovaciones de sus padres religiosos. Estos autodenominados agentes de cambio han abandonado totalmente la petición de mantener la iglesia restaurada.

Ellos, al igual que la denominación Discípulos de Cristo/Iglesia Cristiana, niegan tanto la posibilidad como la necesidad de restauración. Atribuyen nuestro carácter distintivo como cuerpo religioso al filósofo John Locke y parte de su influencia sobre los restauradores de principios del siglo XIX más que a los apóstoles. Pero están equivocados.

Estos hermanos liberales de la actualidad son miembros de un “movimiento”—uno que se empeña en destruir la iglesia de Cristo por medio de hacerla una denominación. No soy

miembro de un “movimiento” (y desearía que los hermanos se abstuvieran de equiparar la iglesia del Señor con un “Movimiento de Restauración”). Soy miembro de la iglesia de Cristo porque obedecí el Evangelio de Cristo y el Señor me agregó a Su iglesia (Hechos 2:38–41, 47). Cualquiera en cualquier lugar en cualquier momento puede convertirse en (y será) miembro de la iglesia comprada, edificada y de la que Cristo es poseedor cuando confiesa fe en la condición de hijo de Cristo, se arrepiente de los pecados y es bautizado en Cristo para recibir el perdón de pecados por la sangre de Cristo. Cuando estos en cualquier localidad adoran, trabajan y se contentan con organizarse en una congregación como se especifica en el Nuevo Testamento, constituyen una iglesia de Cristo.

La súplica a todos los hombres para que se conviertan y sean sólo cristianos, según la definición del Nuevo Testamento, es el mensaje del Evangelio mismo. La semilla incorrupta de la Palabra de Dios (Lucas 8:11) puede producir solo un fruto cuando produce: la iglesia de Cristo. Esta es la hermosa y sencilla súplica que debe y nunca envejecerá para aquellos que han descubierto y obedecido la Verdad del Evangelio y para aquellos corazones honestos que la buscan. En un día caracterizado por la apostasía y la digresión por todas partes, que aquellos de nosotros que estamos en el Camino no vacilemos ni un momento. Más bien, redoblemos todos nuestros esfuerzos para hacer sonar la súplica del Evangelio puro y primitivo, que es el único que producirá la iglesia pura y primitiva.

[Nota: Escribí este manuscrito para y fue originalmente publicado en una forma ligeramente distinta en “Perspectiva Editorial” en la edición de Enero de 2000 del *THE GOSPEL JOURNAL*, del cual yo era editor en ese momento.]

Atribución: Tomado de *thescripturecache.com*; Dub McClish, propietario y administrador.

Traducido por: Jaime Hernandez.